

¿Nos están pateando la escalera? Retomando a Ha-Joon Chang para pensar la economía argentina

Pugnaire Yuget, Camila



Resumen

El presente artículo analiza la crisis estructural de la economía argentina a través de la perspectiva institucionalista y heterodoxa del economista surcoreano Ha-Joon Chang. Tomando como eje la tesis central de su obra *Pateando la escalera*, el texto desmitifica el relato ortodoxo que asume al libre mercado, la desregulación y el repliegue del Estado como las únicas vías hacia el desarrollo. A través de la evidencia histórica, se demuestra que las potencias mundiales y los países asiáticos construyeron su riqueza mediante un fuerte proteccionismo, subsidios y políticas industriales activas, para luego negar estas herramientas a los países en vías de desarrollo (la metáfora de “patear la escalera”).

En este marco, el escrito contrasta el actual experimento libertario del gobierno de Javier Milei con la historia del capitalismo, advirtiendo que ningún país ha logrado enriquecerse implementando un “Estado mínimo”. El análisis aborda el dilema de la Estructura Productiva Desequilibrada (EPD) de Argentina y la recurrente restricción externa, alertando sobre el peligro de depender de la extracción de recursos primarios (como el litio o Vaca Muerta) si esos ingresos no se utilizan estratégicamente para forjar un entramado industrial y tecnológico de largo plazo.

Además, se refutan los determinismos culturales que culpan a la idiosincrasia del trabajador por el subdesarrollo, explicando que la productividad depende de la densidad institucional del país. Se destaca la urgencia de aplicar una “disciplina industrial” al estilo coreano, donde la protección estatal no genera industrias perezosas, sino que está condicionada a la innovación y al éxito exportador.



Finalmente, el artículo propone superar la falsa dicotomía entre Estado y mercado, llamando a forjar una “nueva coalición productiva” pragmática que impulse una política industrial del siglo XXI para lograr el desarrollo soberano de la Argentina.

I. Introducción

La historia económica contemporánea suele presentarse bajo un relato hegemónico que asume al libre mercado, la desregulación y el repliegue del Estado como las únicas vías legítimas hacia la prosperidad. Sin embargo, cuando se contrasta esta narrativa con la evidencia empírica del desarrollo de las potencias mundiales, el andamiaje del “sentido común” ortodoxo comienza a resquebrajarse. En el año 1962, el ingreso per cápita de la Argentina era de 1.163 dólares, mientras que el de Corea del Sur apenas alcanzaba los 106 dólares; es decir, la economía argentina era once veces superior a la surcoreana. Hoy, la proporción se ha invertido drásticamente y la nación asiática es una potencia tecnológica global, mientras que Argentina continúa atrapada en un laberinto de crisis recurrentes y estancamiento estructural.

¿Cómo se explica esta divergencia abismal? Para encontrar respuestas, resulta ineludible recurrir a la doctrina del economista surcoreano Ha-Joon Chang, profesor de la Universidad de Cambridge y de SOAS-University of London, quien ha dedicado su carrera a desmitificar la historia oficial del capitalismo. A través de obras fundamentales como ***Pateando la escalera: Estrategias de desarrollo económico en perspectiva histórica y 23 cosas que no te cuentan sobre el capitalismo***, Chang demuestra con rigor documentado que las naciones ricas no alcanzaron la cima aplicando las políticas de *laissez-faire* que hoy imponen a los países en desarrollo.

II. La metáfora de la escalera

El título de la obra cumbre de Chang, *Pateando la escalera*, está inspirado en el economista alemán del siglo XIX Friedrich List, considerado el padre de la teoría de la “industria naciente”. List observó con agudeza la hipocresía británica de su época: Inglaterra, tras haberse erigido como la principal potencia industrial del mundo mediante siglos de férreo proteccionismo y subsidios estatales, comenzó a predicar las bondades del libre comercio a naciones rezagadas como Alemania y Estados Unidos. List metafóricamente esta actitud indicando que es una astucia común que, cuando alguien alcanza la cima de la grandeza, patee la escalera por la cual subió para privar a los demás de los medios para seguir sus pasos.



La historia documentada por Chang pulveriza el mito de que Gran Bretaña o Estados Unidos se desarrollaron gracias al libre mercado. Desde el siglo XIV, con Eduardo III, y consolidado en el siglo XVIII por el primer ministro británico Robert Walpole, Inglaterra aplicó políticas industriales sumamente agresivas. Promovió sus manufacturas de lana elevando aranceles a la exportación de materia prima, subsidiando la producción local y castigando la importación de productos extranjeros que compitieran con su industria incipiente. Solo adoptó el libre comercio a mediados del siglo XIX, cuando su supremacía industrial ya era incontestable y necesitaba abrir mercados extranjeros para sus productos manufacturados, al tiempo que importaba alimentos baratos.

El caso de los Estados Unidos es aún más paradigmático y contraria profundamente la ortodoxia liberal actual. Estados Unidos fue “la madre patria y el bastión del proteccionismo moderno”, manteniendo la economía más protegida del planeta durante más de 120 años, desde principios del siglo XIX hasta pasada la Segunda Guerra Mundial. Alexander Hamilton, el primer secretario del Tesoro de EE.UU., argumentó en 1791 en sus *Reports of the Secretary of the Treasury on the Subject of Manufactures* que la competencia extranjera y la “fuerza de la costumbre” impedirían el despegue de la industria estadounidense si el Estado no intervenía con aranceles protectores y subsidios. Esta visión fue abrazada por líderes como Abraham Lincoln, un proteccionista acérrimo que llegó a designar a economistas de la misma escuela para la gestión económica de su gobierno. Es decir, Estados Unidos hizo exactamente lo contrario de lo que hoy recomienda el Consenso de Washington y el Fondo Monetario Internacional (FMI) a las naciones de América Latina.

Para Chang, cuando las potencias occidentales y los organismos financieros internacionales presionan a países como Argentina para que eliminen sus regulaciones, privaticen sus empresas y abran sus fronteras, actúan como “malos samaritanos”. En algunos casos, lo hacen por una fe ciega y desinformada en los dogmas neoclásicos; en otros, lo hacen para mantener una división internacional del trabajo que relega a la periferia a la exportación de materias primas de bajo valor agregado y a la compra de bienes y servicios de alta tecnología provenientes del Norte.

III. El concepto de “buen gobierno” y las “buenas instituciones”

Además de las políticas económicas, Chang aborda el concepto del “buen gobierno” y las exigencias institucionales.



La narrativa hegemónica sostiene que los países en desarrollo deben adoptar de forma inmediata “buenas instituciones” (como burocracias profesionales intachables, bancos centrales independientes, leyes estrictas de propiedad intelectual y regímenes corporativos transparentes) como precondition indispensable para el crecimiento.

Chang demuestra que esta exigencia es ahistórica y equivale a otra forma de patear la escalera. Las instituciones que hoy se presentan como requisitos para el desarrollo fueron, en realidad, el *resultado* del desarrollo económico de las potencias. En 1820, cuando Gran Bretaña tenía un nivel de desarrollo superior al de muchos países emergentes actuales, no contaba siquiera con sufragio universal masculino, carecía de un banco central moderno en sus funciones actuales, no poseía leyes de responsabilidad limitada generalizada y el trabajo infantil no solo era legal, sino promovido. El “servicio civil” federal en Estados Unidos basado en el mérito no comenzó hasta la Ley Pendleton de 1883, y el Banco Central estadounidense (la Reserva Federal) recién fue creado en 1913.

Más revelador aún es el análisis sobre los Derechos de Propiedad Intelectual. Históricamente, las naciones en fase de actualización económica (catch-up) violaron sistemáticamente las patentes de los países líderes para absorber tecnología. En el siglo XIX, Estados Unidos se negaba a proteger los derechos de autor de extranjeros; y Suiza, que hoy alberga colosos farmacéuticos que exigen patentes globales, se desarrolló en el siglo XIX e inicios del XX sin tener una ley de patentes, lo que le permitió copiar sin restricciones los inventos químicos alemanes y la tecnología de sus vecinos. Hoy, a través de la Organización Mundial del Comercio (OMC) y sus acuerdos sobre los ADPIC (TRIPs), los países ricos prohíben estrictamente estas prácticas, negando a los países en desarrollo el acceso al “libre comercio de ideas” que ellos mismos utilizaron para industrializarse. Exigir a países de ingresos medios o bajos que sostengan un andamiaje institucional propio del primer mundo representa una carga financiera y administrativa monumental que restringe su capacidad para aplicar políticas industriales activas.

IV. La aplicación desde la perspectiva económica argentina

La aplicación de esta perspectiva heterodoxa e institucionalista a la Argentina revela las profundas fallas de diagnóstico tanto de las corrientes puramente monetaristas como del desarrollismo pasivo. Para comprender la economía argentina, la visión de Chang dialoga perfectamente con los aportes del economista estructuralista Marcelo Diamand y su caracterización de la Estructura Productiva Desequilibrada (EPD).



En la Argentina coexisten dos sectores con niveles de productividad internacionalmente divergentes: un sector primario (el agro pampeano) de altísima productividad a nivel mundial que genera las divisas, y un sector industrial urbano con una productividad relativa menor que requiere un tipo de cambio distinto para ser competitivo. Cuando la economía argentina crece, la industria y el consumo interno demandan crecientes cantidades de importaciones (bienes de capital, insumos, tecnología), pero al no contar con un sector industrial fuertemente exportador, la demanda de divisas supera rápidamente la oferta generada por el campo. Este estrangulamiento de la balanza de pagos es lo que se conoce como “restricción externa”, provocando el célebre ciclo de *stop and go*.

Ante la escasez de dólares, se produce una inevitable devaluación abrupta. Debido a la inflexibilidad estructural, esta devaluación no genera un boom exportador inmediato en la industria, sino que se traslada violentamente a los precios internos, licuando el salario real y desatando lo que Diamand denominó “inflación cambiaria”. Para intentar frenar este ciclo sin resolver el problema de fondo, los sucesivos gobiernos han apelado recurrentemente al endeudamiento externo y al atraso del tipo de cambio (el ancla cambiaria), lo que abarata artificialmente las importaciones, asfixia a la industria local, fomenta la fuga de capitales y conduce ineludiblemente a una crisis financiera de magnitud, como se evidenció trágicamente a fines de los 70, en los 90, en 2001 y en años recientes.

Ha-Joon Chang observó esta dinámica con total nitidez durante su visita a la Argentina. Advirtió que, en repetidas ocasiones, el país resolvió crisis de deuda, acumuló reservas creando un espacio macroeconómico favorable y, trágicamente, “lo arruinó con viajes a Miami”. ***Ojo, no se reprocha al turismo, sino a la incapacidad del Estado.*** Mientras que Corea del Sur, durante su fase de despegue en los años 60 y 70, consideraba casi un crimen de Estado malgastar dólares en bienes suntuarios (fumar cigarrillos importados o tomar whisky extranjero era castigado y perseguido social y legalmente), Argentina ha permitido históricamente que los excedentes generados por el agro se evaporen en consumo de lujo importado o fuga financiera. ***“Si no invierten y no construyen las capacidades industriales, el espacio macroeconómico que han creado... se va a arrepentir unos cinco o seis años más tarde”***, sentenció Chang, pronosticando la próxima crisis si los dólares del FMI o de la exportación se usan exclusivamente para sostener un tipo de cambio apreciado en lugar de para importar maquinaria y patentes tecnológicas.



V. La antítesis del desarrollo que deviene del proyecto libertario

El actual contexto político y económico argentino se encuentra dominado por la figura de Javier Milei y su agresiva agenda de corte libertario y anarcocapitalista. Esta propuesta se basa en un drástico ajuste fiscal, la desregulación total, la eliminación de la política industrial y la convicción ideológica de que el Estado es, por definición, un obstáculo. Ante este escenario, la advertencia de Ha-Joon Chang es categórica y lapidaria: ***“Desgraciadamente, en la historia no hay ningún país que haya tenido éxito con este tipo de políticas liberales que está implementando el gobierno del señor Milei. Argentina ya lo intentó, bajo la dictadura militar, con Carlos Menem. No funciona”***. Chang refuerza esta idea afirmando que ningún país en la historia del capitalismo se enriqueció utilizando un “Estado mínimo”.

El gobierno nacional argumenta que la baja abrupta de impuestos, la flexibilización laboral extrema y el achicamiento del Estado (ilustrado con la metáfora de la motosierra) son el imán natural para las inversiones y el desarrollo. Chang desmantela esta “falacia tributaria” con una simple analogía: si los impuestos bajos y la nula regulación fueran el secreto de la prosperidad, todas las grandes corporaciones mundiales se mudarían a Paraguay, donde el impuesto a las ganancias corporativas y personales es de apenas el 10%. Sin embargo, los capitales prefieren pagar un 30% de impuestos en Alemania. ¿La razón? Los inversores valoran el “valor por el dinero” de los servicios gubernamentales. Buscan infraestructura de primer nivel (carreteras, puertos), estabilidad, seguridad y, primordialmente, una mano de obra altamente capacitada. Estos insumos críticos son bienes públicos que solo un Estado activo, dotado de recursos y con capacidad de planificación, puede proveer mediante la inversión en educación pública, ciencia y tecnología.

Del mismo modo, la obsesión libertaria con reducir a cero los derechos laborales asume que abaratar el costo del trabajador aumenta la competitividad. Chang refuta esta visión cortoplacista: permitir jornadas de 15 horas o destruir la regulación protectora empuja a la economía hacia una “carrera hacia el fondo”, degradando la calidad y salud de la fuerza de trabajo y manteniendo a las empresas estancadas en actividades de bajísima productividad. Paradójicamente, las regulaciones laborales inteligentes fomentan la innovación empresarial al obligar a los capitalistas a buscar competitividad mediante la tecnología en lugar de basarse en la precarización humana.



Incluso el repetido ejemplo de Singapur, frecuentemente aclamado por la ortodoxia por sus bajas alícuotas impositivas y su apertura comercial, oculta un férreo dirigismo estatal: el 90% de la tierra en Singapur es propiedad del Estado, el 85% de las viviendas son provistas por corporaciones gubernamentales, y más del 20% de su Producto Bruto Interno es generado por empresas públicas (como la exitosa Singapore Airlines). Existe además un esquema de ahorro forzoso masivo gestionado por el Estado. Es decir, Singapur encarna el pragmatismo extremo de la planificación estatal cooperando con el mercado, no un paraíso anarcocapitalista.

El atractivo que las ideas de Milei despiertan entre los súper ricos del mundo occidental y en foros globales no responde a su solidez histórica, sino a intereses de clase. Según Chang, el neoliberalismo extremo es el sistema ideal para las grandes fortunas globales, quienes anhelan implementar estas políticas desreguladoras en sus propios países, pero enfrentan la resistencia de los estados de bienestar, los sindicatos y los derechos sociales consolidados en Europa y Estados Unidos. Así, América Latina, y en este caso Argentina, vuelve a fungir como el trágico laboratorio experimental para el capital concentrado transnacional.

VI. Vaca Muerta, el litio y el espejismo de la reprimarización

El entusiasmo gubernamental e inversor en Argentina está fuertemente focalizado en los recursos naturales estratégicos: el gas y petróleo no convencional de Vaca Muerta, la minería y el litio en el norte del país, y el siempre robusto sector agroexportador. Si bien estos recursos son fundamentales y generan un gran alivio de corto plazo a la restricción externa, Chang advierte severamente sobre la trampa de depender exclusivamente de ellos.

El mundo está inmerso en una gigantesca transición energética impulsada tanto por el cambio climático como por determinantes geopolíticos. Los combustibles fósiles, inevitablemente, se convertirán en “activos varados” a largo plazo, mientras el avance arrollador de alternativas limpias, dominadas por China (líder mundial indiscutible en paneles solares y vehículos eléctricos), abarata costos a una velocidad sin precedentes. Incluso el litio, el “oro blanco” argentino, enfrenta la amenaza inminente de la sustitución tecnológica por el desarrollo comercial de baterías de sodio por parte de potencias asiáticas.

Construir la matriz económica de un país basándose únicamente en la extracción de recursos primarios garantiza un crecimiento inestable y, por naturaleza, con rendimientos decrecientes y bajo crecimiento de productividad tecnológica.



“La pregunta crucial es ¿qué se hace con ese dinero?”, enfatiza Chang. Si la renta extraordinaria de Vaca Muerta se emplea únicamente para pagar la deuda externa contraída previamente, financiar la fuga de capitales o sostener importaciones suntuarias bajo un tipo de cambio apreciado, en dos décadas el recurso se habrá agotado y Argentina estará exactamente en el mismo punto de decadencia.

El sendero correcto, aplicado históricamente por países como Canadá, Finlandia o Noruega, consiste en utilizar inteligentemente las divisas provenientes de la dotación natural para forjar un entramado industrial y tecnológico. La historia de la corporación finlandesa Nokia es ilustrativa: comenzó siendo una empresa forestal y maderera, luego pasó a la industria del caucho fabricando botas, invirtió fuertemente en cables eléctricos y, tolerando 17 años sin ganancias en su división de electrónica, emergió finalmente como un gigante global de las telecomunicaciones. Esta transición fue posible gracias a un Estado presente que protegió y fomentó la diversificación productiva exigiendo resultados en el largo plazo.

Tampoco resulta conveniente el modelo de simple ensamblaje (maquila) adoptado por México a partir de la firma del NAFTA (hoy T-MEC). Si bien México transformó su canasta de exportaciones hacia productos manufacturados e industriales, aceptó una inserción subordinada en las Cadenas Globales de Valor. Las empresas en México ensamblan componentes extranjeros empleando mano de obra barata, pero no desarrollan patentes, ingeniería avanzada ni retienen rentabilidades de alto nivel, lo que explica su mediocre tasa de crecimiento de las últimas décadas. Por el contrario, Corea del Sur o Taiwán iniciaron en los años 60 con ensamblajes precarios, pero el Estado obligó a las corporaciones a reinvertir, aprender, sustituir progresivamente los componentes importados por locales e invertir masivamente en Investigación y Desarrollo (I+D). Como resultado, una ensambladora de transistores estadounidense se transformó, décadas después, en el gigante tecnológico global LG, capaz de comprar a la firma que originariamente le daba las licencias.

VII. La falacia cultural y la urgencia de la densidad institucional

Uno de los discursos más tóxicos que permean la opinión pública argentina es el determinismo cultural: la creencia fatalista de que el subdesarrollo nacional es producto de una “idiosincrasia” defectuosa, de que los argentinos somos inherentemente haraganes, corruptos o incapaces de prosperar.



Chang derriba este mito de un plumazo recordando que, en diferentes etapas históricas, exactamente las mismas acusaciones fueron lanzadas por los países ricos hacia quienes hoy son potencias inalcanzables.

En el siglo XIX, los observadores y viajeros británicos describían a los alemanes como ladrones, tontos e incapaces de trabajar duro; a principios del siglo XX, los japoneses y coreanos eran calificados en la literatura occidental como razas perezosas, dóciles, sin ambición, y propensas a la embriaguez. Lo que transformó a estas sociedades no fue una mágica mutación genética de su ADN cultural, sino la profunda reestructuración de su matriz productiva. La disciplina industrial, la puntualidad estricta y el espíritu innovador son hábitos y culturas que se forjan al compás del desarrollo industrial, no sus requisitos previos.

La improductividad que los sectores ricos argentinos le achacan a sus trabajadores es un espejismo que omite la responsabilidad del liderazgo en la configuración de la estructura económica. Chang recurre a un ejemplo brutal: ¿Quién es más productivo o mejor manejando, un chofer de autobús en Copenhague o el chofer de un colectivo en el conurbano bonaerense? Evidentemente, el chofer argentino posee destrezas excepcionales para navegar en condiciones viales caóticas y deterioradas frente al recorrido automatizado, señalizado y predecible del trabajador danés. Sin embargo, el danés percibe un salario infinitamente superior. Esto no se debe al esfuerzo individual, sino a que el salario remunera la productividad marginal de toda la sociedad: la frontera tecnológica de Dinamarca, su infraestructura de transporte de primer nivel mundial y su densidad de capital acumulado. El trabajador argentino es castigado no por su falta de cultura laboral, sino por la precariedad del andamiaje tecnológico y productivo en el que se encuentra inmerso.

Para que esta productividad colectiva avance, siguiendo la metáfora de Ricardo Hausmann, es necesario densificar “el bosque”. El desarrollo es como un mono que salta de un árbol bajo hacia uno más alto. Si el bosque es muy ralo y los árboles están muy separados (es decir, si no hay proveedores locales, ni investigación científica, ni industrias afines), el salto desde la exportación de soja hacia la producción de biotecnología o software complejo resulta imposible y el país cae al vacío. El Estado debe plantar esos árboles intermedios, protegiendo temporalmente a la “industria infante” hasta que adquiera la capacidad de competir.



Pero Chang hace una distinción fundamental que la política argentina debe aprender: la protección generalizada, ciega y sin límite de tiempo (como la instrumentada en etapas del modelo sustitutivo de importaciones mal gestionado o el régimen de Tierra del Fuego en su vertiente más puramente rentística) crea corporaciones perezosas que cazan en el zoológico y capturan rentas del consumidor interno. La protección efectiva exige *disciplina*. El Estado desarrollista asiático protegía a las empresas, pero al mismo tiempo las forzaba a competir en el mercado internacional, establecía metas de exportación innegociables y retiraba el subsidio a quienes fracasaban, penalizando la ineficiencia. A diferencia del actual “proteccionismo geriátrico” ensayado por Donald Trump en Estados Unidos —que eleva aranceles de forma caótica sin exigir a sus corporaciones reinvertir o mejorar la productividad tecnológica—, el proteccionismo de la industria naciente es pragmático, focalizado, condicionado al aprendizaje tecnológico y estrictamente transitorio.

VIII. Reflexiones finales

En su visita a Buenos Aires, tras disertar ante la UIA y dialogar con actores políticos del oficialismo y de la oposición (incluyendo a la ex presidenta Cristina Kirchner), Ha-Joon Chang diagnosticó una dolorosa paradoja: Si bien Argentina es una nación con una capacidad humana fenomenal, sede de cinco premios Nobel, exportadora de tecnología de reactores nucleares civiles de investigación a países centrales (INVAP), dotada de excelentes universidades, pero gobernada por élites que carecen de la ambición histórica necesaria para competir de igual a igual con las naciones industrializadas. *“Me da mucha tristeza ver a un país con el nivel de talento de Argentina que se conforma con ser productor de soja y carne”*, lamentó el académico.

La superación del estancamiento nacional no provendrá del pensamiento mágico de los extremismos ideológicos. Chang, quien se confiesa un pragmático pluralista que aprende tanto de Karl Marx como del exponente austriaco Friedrich von Hayek, rechaza enfáticamente las posiciones dogmáticas que hoy dominan el debate público argentino. Observa con agudeza que en los “milagros” asiáticos, las políticas económicas fueron frecuentemente lideradas por ingenieros y científicos más que por economistas hiperteorizados. Mientras los economistas debaten ortodoxias de equilibrio general, los ingenieros asumen la tarea pragmática de “hacer que las cosas sucedan”, combinando intervención estatal y fomento privado sin complejos.

Retomando la célebre frase del líder chino Deng Xiaoping, Chang subraya que *“no importa si el gato es blanco o negro, lo que importa es que cace ratones”*.



El mundo está fragmentándose. La guerra arancelaria entre Estados Unidos y China, la reformulación de las cadenas globales de suministro y el fracaso de los organismos multilaterales tradicionales configuran un escenario internacional donde la “ley de la selva” asoma por sobre la cooperación global. Firmar apresurados Tratados de Libre Comercio con Estados Unidos por fuera del MERCOSUR (*como insinúa el actual gobierno argentino*) no traerá un genuino libre comercio de bienes, sino la aceptación sumisa de mecanismos tóxicos (como tribunales de disputas CIADI que favorecen a corporaciones transnacionales) y la claudicación de la soberanía sobre la propiedad intelectual y el desarrollo de la Inteligencia Artificial y la biotecnología local. Destruir el escaso 13% de participación manufacturera en el PBI que le queda al país enfrentándolo a la producción subsidiada del Norte significa renunciar a la autonomía estratégica para siempre.

La Argentina necesita forjar lo que Chang denomina una “nueva coalición productiva”. Esta alianza transversal debe trascender la estéril y falsa dicotomía entre “Estado vs. Mercado”. No existe mercado competitivo e innovador sin un Estado inteligente y eficaz que coordine inversiones a largo plazo, construya infraestructura crítica, garantice un sistema educativo de excelencia y dirija el crédito hacia sectores de alto valor agregado. De igual modo, no hay Estado sostenible si asfixia el dinamismo empresarial privado o subsidia rentas parasitarias sin exigir la correspondiente competitividad internacional.

La tarea inclaudicable es abandonar el debate fosilizado de los años 90 en el que ha recaído la dirigencia argentina. Argentina debe responder a su propia “pregunta coreana”: ¿a qué se va a dedicar en las próximas décadas? Las respuestas radican en aprovechar nuestras ventajas comparativas transitorias (agro, petróleo, litio) para financiar, mediante una política industrial del siglo XXI focalizada e intransigente con la ineficiencia, una inserción internacional de nichos de altísima tecnología (AgTech, biotecnología, satélites, software y energías renovables).

Los malos samaritanos del Norte Global nos han pateado la escalera y ahora nos ofrecen el espejismo del anarcocapitalismo y la apertura unilateral como pócimas mágicas para nuestro subdesarrollo. Si la Argentina asume esta receta suicida, su destino será la primarización perpetua y la miseria crónica. Ha llegado la hora de observar los hechos irrefutables de la historia económica y, con paciencia estratégica e indomable ambición nacional, comenzar a construir nuestra propia escalera.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Chang, Ha-Joon. *Patear la escalera: por qué unos países crecen y a otros no los dejan crecer*. Translated by Mónica Salomón, Ediciones Granica, 2025. Accessed 13 June 2026.
- Chang, Ha-Joon. *Pateando la escalera: Estrategias de desarrollo económico desde una perspectiva histórica*. Fundación México Social Siglo XXI / Juan Pablos Editor, 2011
- Chang, Ha-Joon. *¿Qué fue del Buen Samaritano? Naciones ricas, políticas pobres*. Universidad Nacional de Quilmes Editorial / Instituto PATRIA
- Diamand, Marcelo (1988). *La Estructura Productiva Desequilibrada y la Doble Brecha*. SEDICI. Utilizado para el marco teórico de la restricción externa y la inflación cambiaria en Argentina

